

Subsidio litúrgico

para el celebrante

Domingo , 29 de abril de 2012

IV DOMINGO DE PASCUA

Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA 2012

Los textos litúrgicos oficiales de este subsidio son propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA 2012

Los textos litúrgicos oficiales de este subsidio son propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

ORACIÓN PARA AGRADECER

Dios y Señor de la vida, de nuestra vida y de nuestra historia.
Nos amas, nos amas y nos llamas sin cesar, con delicadeza y paciencia.
Nos amas y nos llamas a seguir a Jesucristo, tu Hijo, nuestro buen Pastor,
a quien nadie le quita la vida sino que nos la entrega por amor,
misericordioso y fiel.

Gracias por la Eucaristía,
que es fiesta de tu amor y de nuestra hermosa vocación.
Gracias por enseñarnos tu modo de ser y vivir.
Gracias por invitarnos a seguirte y a vivir como tú.
Gracias porque no nos abandonas nunca.
Gracias por los religiosos y religiosas,
los sacerdotes, que son signos de tu presencia y de tu amor.

Queremos ser fieles a ese don de tu amor,
fieles a la vida y a nuestra hermosa vocación.
Queremos vivir dóciles a ti, Espíritu Santo,
hijos del Padre y hermanos de la humanidad,
construyendo día a día el reinado de paz,
comunidad y solidaridad.

Sigue llamando a hermanas y hermanos nuestros,
que vivan con alegría la consagración.
Ayúdanos a formar en su corazón,
tu corazón de buen pastor,
a estar cerca fraternalmente para que sepan ser como eres tú, buen Jesús
y sepan decir con su vida, día a día: “Aquí estoy”, como lo vives tú.

Amén.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Cristo resucitó. Aleluya (CLN, A 13); o bien: El Señor es mi pastor (CLN, 538); Resurrección (CLN, 210).

Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sal 32, 5-6):

La misericordia del Señor llena la tierra, la palabra del Señor
hizo el cielo. Aleluya.

SIGNACIÓN Y SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

El Dios de la vida, que ha resucitado a Jesucristo, rompiendo las ataduras de la muerte, esté con todos vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono, u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Nos reunimos fraternalmente para celebrar la fiesta de la Eucaristía, en este tiempo Pascual en el que proclamamos con gozo la certeza de que Jesús ha resucitado y se manifiesta en nuestra comunidad.

Desde hace algunos años, en este día, cuarto domingo del tiempo pascual, celebramos en toda la Iglesia la Jornada Mundial de oración por las Vocaciones, de modo particular, a la vida consagrada y al sacerdocio ministerial. El tema que anima este año la Jornada es: “Las vocaciones, don de la caridad de Dios”.

A la luz de la Palabra de Dios, que nos invitará a celebrar con gratitud a Cristo, Buen Pastor y Piedra angular de nuestra vida, en quien hemos sido hechos hijos de Dios, hagamos oración en esta fiesta por el regalo amoroso que hemos recibido de nuestra vocación y por el regalo que nos sigue haciendo de la vocación consagrada y sacerdotal.

Dispongamos el corazón e iniciemos nuestra celebración, trayendo a la memoria la historia de muchos hombres y mujeres que, siguiendo a Jesús, conocen y dan la vida al pueblo de Dios, que somos Iglesia de Jesús.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El sacerdote invita al pueblo a la plegaria, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos: Invoquemos la bendición de Dios, nuestro Padre, y pidámosle que la aspersión de esta agua reavive en nosotros la gracia del bautismo, por medio del cual fuimos sumergidos en la muerte redentora del Señor para resucitar con él a una vida nueva.

Después de una breve oración en silencio, el sacerdote prosigue, diciendo:

Oh Padre, que del Cordero inmolado en la cruz haces brotar una fuente de agua viva.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia. [O bien: Bendito seas por siempre, Señor.]

V. Oh Cristo, que renuevas la juventud de la Iglesia en el baño del agua con la palabra de la vida.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas sobre el pueblo, dice:

El Dios, que por la resurrección de su Unigénito os ha redimido y adoptado como hijos, os llene de alegría con sus bendiciones.

R. Amén.

V. Y ya que por la redención de Cristo recibisteis el don de la libertad verdadera, por su bondad recibáis también la herencia eterna.

R. Amén.

V. Y, pues confesando la fe habéis resucitado con Cristo en el bautismo, por vuestras buenas obras merezcáis ser admitidos en la patria del cielo.

R. Amén.

V. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

DESPEDIDA

Luego, el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado. Podéis ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

LITURGIA EUCARÍSTICA

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Tú eres nuestra Pascua (CLN, O 11); o bien: Yo soy el pan de vida (CLN, O 38).

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Pastor bueno, vela con solicitud sobre nosotros y haz que el rebaño adquirido por la sangre de tu Hijo pueda gozar eternamente de las verdes praderas de tu reino. Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote extiende las manos hacia el pueblo y dice:

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia. [*O bien: Bendito seas por siempre, Señor.*]

℣. Oh Espíritu, que nos haces renacer de las aguas del bautismo como primicia de la humanidad nueva.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia. [*O bien: Bendito seas por siempre, Señor.*]

℣. Dios todopoderoso, que por medio de los sacramentos de la fe renuevas las maravillas de la creación y de la redención, bendice ✠ esta agua y concede que todos los renacidos en el bautismo sean mensajeros y testimonios de la Pascua, que se renueva incesantemente en tu Iglesia. Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Terminada la bendición, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y, luego, rocía a los ministros, al clero y a los fieles. Si le parece conveniente, puede recorrer la iglesia para la aspersión de los fieles.

Mientras tanto, se canta un canto apropiado (cf. CLN, A 81-84).

Una vez acabado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado y, por la celebración de esta Eucaristía, nos haga dignos de participar del banquete de su reino.

R. Amén.

A continuación se dice o se canta Gloria a Dios.

Si no se hace el rito de la bendición y aspersión del agua, tras la monición de entrada se hace el

ACTO PENITENCIAL

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

El Señor Jesús, que nos invita a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, nos llama ahora a la conversión. .../...

Reconozcamos, pues, que somos pecadores, e invoquemos con esperanza la misericordia de Dios.

Se hace una breve pausa en silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro idóneo, dice las siguientes invocaciones:

– Tú, el Primogénito de entre los muertos: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

– Tú, el vencedor del pecado y de la muerte: Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

– Tú, la resurrección y la vida: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R/. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos de la letra C) o se dice el himno:

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios, Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

todo tu pueblo, te presentamos la realidad compleja que vivimos. Ilumina y da fortaleza a líderes, gobernantes y dirigentes, para que busquen con honestidad el bien común, cuidando especialmente de las personas más débiles y pobres, promoviendo que entre todos hagamos un mundo mejor, como lo sueñas tú. Oremos.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Tú eres nuestro Señor, el Buen Pastor, que nos conoces y das la vida por nosotros. Jesús, queremos ser Iglesia que conozca y sepa cuidar de las personas, en particular de quienes más necesitan de tu amor. Te pedimos que inspires en nuestras comunidades gestos misericordiosos y palabras oportunas ante situaciones de sufrimiento. Oremos.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Jesús resucitado, creemos en tu presencia amorosa que nos acompaña siempre, eres el Hijo de Dios en quien hemos sido hechos hijas e hijos del Padre. Regálanos vivir de tal manera que no pactemos con el poder que oprime a la gente, sino que sepamos dar la vida para que reine la vida y el amor en nuestras familias, en nuestras comunidades y en toda la sociedad. Oremos.

R/. Te rogamos, óyenos.

— En esta Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, te damos gracias por las personas que has llamado y llamas a dar la vida, como haces tú, para los demás. Te pedimos a ti, el dueño de la mies, que sigas llamando a más trabajadores que con generosidad y amor se consagren al Reino, para hacer presente a Jesús, buen pastor, en la Iglesia, para el mundo; apasionados por ti, Dios de la vida, y por la vida de la humanidad. Oremos.

R/. Te rogamos, óyenos.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

Señor, Padre santo, tú que invitas a todos los fieles a alcanzar la caridad perfecta, pero no dejas de llamar a muchos para que sigan más de cerca las huellas de tu Hijo, concede a los que tú quieras elegir con una vocación particular llegar a ser, por su vida, signo y testimonio de tu reino ante la Iglesia y ante el mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Hoy queremos unirnos en oración con toda la Iglesia, invocar tu acción salvadora, Dios de la vida, ofrecerte nuestra realidad y nuestra vida, agradecerte por la vocación que nos regalas por amor y pedir por las situaciones más apremiantes de nuestro entorno.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

— A ti, que eres la “piedra angular” sobre la que se edifica nuestra Iglesia, te encomendamos al Papa, a los obispos, a los sacerdotes, a las personas que han consagrado su vida a seguirte y a todos los bautizados, que seamos comunidades edificadas sobre ti, abiertas a los demás, en las que reine la fraternidad, la colegialidad, la comunión, la esperanza y la alegría. Oremos.

℟. Te rogamos, óyenos.

— Tú nos conoces bien; sabes lo que vivimos y lo que padecemos, conoces lo que nos duele y lo que necesitamos. Hoy traemos a nuestro corazón a

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Dios todopoderoso y eterno, que has dado a tu Iglesia el gozo inmenso de la resurrección de Jesucristo, concédenos también la alegría eterna del reino de tus elegidos, para que así el débil rebaño de tu Hijo tenga parte en la admirable victoria de su Pastor. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

LECCIONARIO: volumen II (B), lecturas del domingo: Hch 4, 8-12; Sal 117; 1 Jn 3, 1-2; Jn 10, 11-18.

SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

— En este tiempo pascual, se nos invita a que prevalezca en nuestra vida la alegría y la esperanza, por la certeza de la resurrección de Jesús. En él, en Jesús, Dios cumple la profecía de cuidar de su pueblo con el afecto y responsabilidad con que el pastor cuida del rebaño («Como sigue el pastor el rastro de su rebaño cuando las ovejas se dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré sacándolas de todos los lugares por donde se desperdigaron un día de oscuridad y nubarrones» Ez 34, 12; «Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas en todos los países adonde las expulsé, las volveré a traer a sus pastos, para que crezcan y se multipliquen» Jr 23, 3).

— Tres rasgos caracterizan al buen pastor: conoce a las ovejas, da la vida por ellas y cuida de la unidad del rebaño (del pueblo). En el lenguaje bíblico, “conocer” va más allá de lo intelectual, se refiere al afecto; a amar a alguien. Dar la vida libremente ayuda a pasar del victimismo y el sinsentido de la violencia, a la existencia oferente, en la que la libertad y la gratuidad caracterizan el amor. Cuidar de la unidad del rebaño, entendido como el pueblo de Dios, es en sentido opuesto a cualquier actitud que divida o crispe. Solo la dulzura, la paciencia y la mansedumbre pueden disponer a que el pastor cuide en vez de dividir; que cure en vez de juzgar y excluir.

— Vivimos un tiempo complejo, social y eclesialmente; en el que estos rasgos del buen pastor nos traen aliento y esperanza, a la vez que nos comprometen a la sincera conversión. Que dentro y fuera de la Iglesia la pluralidad no se transforme en crispados enfrentamientos. Que los ministerios no se vivan como poder que se ejerce sobre la gente, sino como esa autoridad con la que Jesús habla (Mc 1, 21) que viene del amor obediente a su Padre Dios y del amor solidario a la humanidad. Que sepamos salir al encuentro de los demás, sobre todo de quienes más lo necesitan, para conocerles, conocer lo que viven, lo que padecen, lo que necesitan y anhelan, lo que temen y lo que les duele. Saber estar cerca de Jesús, que ha venido para que tengamos vida, y vida en abundancia (Jn 10, 10).

— Dios elige y llama a hermanas y hermanos a ser presencia de Jesús, el Buen Pastor. Es el regalo que, por amor, nos hace Dios de la vocación, a la vida consagrada y al ministerio sacerdotal; un regalo para toda la Iglesia, pueblo suyo, que sigue necesitando del cariño del Buen Pastor. La vocación no es un don solo individual, sino para toda la Iglesia. Cuando una persona siente y vive fiel al llamado que le hace Dios, toda la Iglesia se alegra, porque su vida es signo del don de la caridad de Dios a todo el pueblo. Por eso, como Iglesia, debemos hacernos responsables de cuidar,

promover, animar y acompañar a quienes sienten la vocación al sacerdocio y/o a la vida consagrada.

En su mensaje a propósito de esta Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, el papa Benedicto XVI nos recuerda que «toda específica vocación nace, de hecho, de la iniciativa de Dios, ¡es don de la Caridad de Dios! Él es que da el “primer paso” y no por una particular bondad encontrada en nosotros, sino en virtud de la presencia de su mismo amor «derramado en nuestros corazones por el Espíritu» (Rm 5, 5)».

— También que «la grandeza de la vida cristiana consiste en efecto en amar “como” Dios; se trata de un amor que se manifiesta en el don total de sí mismo fiel y fecundo... del amor a Dios, del que los presbíteros y los religiosos llegan a ser imágenes visibles –aunque siempre imperfectas– es la motivación de la respuesta a la llamada de especial consagración al Señor a través de la Ordenación presbiteral o la profesión de los consejos evangélicos. La fuerza de la respuesta de san Pedro al divino Maestro: “Tú sabes que te quiero” (Jn 21, 15), es el secreto de una existencia entregada y vivida en plenitud, y por esto llena de profunda alegría».

— Y que «la otra expresión concreta del amor, el amor al prójimo, sobre todo hacia los más necesitados y los que sufren, es el impulso decisivo que convierte al sacerdote y a la persona consagrada en un suscitar de comunión entre la gente y un sembrador de esperanza».

— Pidamos al Espíritu Santo, por intercesión de Santa María, madre de Dios y madre nuestra, que en esta fiesta nos anime en nuestra vocación y nos haga conscientes del amor con que Dios nos ama al habernos llamado a la vida, al seguimiento de Jesús y a nuestra específica vocación. Pidámosle que nos conceda orar incesantemente pidiendo que haya jóvenes que deseen vivir su vocación como religiosos y sacerdotes, a la vez que nos ayude a ser corresponsables en cada momento del cuidado y maduración de estas vocaciones.